

LA CIUDAD Y LA UNIVERSIDAD

La ciudad y la Universidad, a pesar de sus características y misiones peculiares, participan de comunes connotaciones sociológicas, históricas y actuales.

Conceptos e historia

La ciudad es el complejo ciudadano para el apoyo mutuo y satisfacción de intereses y necesidades sociales, políticas, económicas, culturales, educativas... Siempre entendidos por contraposición al campo, y sin negar sus mutuas relaciones, los primeros núcleos ciudadanos se compactan en la región mesopotámica (IV milenio A.C., en el período sumerio), configurados, según parece, a la manera de ciudades-estado constituidas por pequeñas poblaciones y su espacio geográfico circundante. Siglos después será destacable ejemplo el ya bien conocido por la historia como la 'polis' griega. De la ciudad hoy puede decirse que alguien tiene en ella lo que otros necesitan y que, recíprocamente, todos ponen a pública disposición lo que muchos requieren para su bienestar.

La universidad o corporación de quienes algo tuvieron que enseñar, segui-

dos a donde éstos se encaminaran por quienes deseaban aprender, aconteció condensarse durante el refloramiento urbano de los siglos XII y XIII. Nada mejor, así pensaron maestros y escolares, que posar en las ciudades, propicias para satisfacer las necesidades de la vida cotidiana, y sin los ajetresos de este orden dedicarse a la contemplación intelectual.

• El plurisecular concepto de 'ciudad universitaria' es atribuido por los historiadores a aquellas poblaciones o burgos que desde los siglos XII y XIII se dieron lustre con la presencia estable y activa de maestros y estudiantes dedicados a la gestión corporativa de los conocimientos superiores. Fueron muchas las ciudades deseosas del privilegio que las distinguiera con acunamiento del saber superior. Las autoridades, si políticas o civiles,

se ufanaban de ser partícipes de la 'revolución escolar' en gestación; de los egresados, poseedores de facultad científica para el servicio de la justicia -los juristas- y para el servicio de la salud -los médicos y cirujanos-, se beneficiaría el poder civil en atención a las penurias sociales. Si eclesiástica la autoridad local -como los obispos-, dispuso de licenciados para el servicio de la fe: los teólogos. Alfonso X el Sabio, en el siglo XIII y en el cuerpo jurídico de las Siete Partidas, apunta, con el gracejo naciente de nuestra lengua castellana, razones de profunda naturaleza filosófica y política que impulsaron la avidez ciudadana por disponer de universidades «Et porque de lo homes sabios los regnos et las tierras se aprovechan, et se guian por el consejo dellos, por ende queremos en la fin de esta Partida (la Segunda) hablar de los estudios».

Alfonso Borrero Cabal, S.J.

Universitólogo

• En el transcurso de los tiempos, y también hoy se acude a la misma expresión 'ciudad universitaria' para en forma retórica enaltecer las ciudades que tradicionalmente han albergado a albergan amplias poblaciones estudiantiles. Salamanca es un ejemplo, o Coimbra en Portugal. Así mismo, se habla de 'sector universitario', aplicable al reducto o expansiones urbanas que por gracia o manera no siempre prevista o bien planificada, acontecen alojar en su tejido, perpendicular, estrellado o serpenteante, casual acopio de construcciones o instituciones universitarias. Lo son el sector de Columbia en Nueva York, el de Georgetown en la porción histórica y poética de Washington, el de McGill en Montreal o La Sorbona de la ciudad Luz.

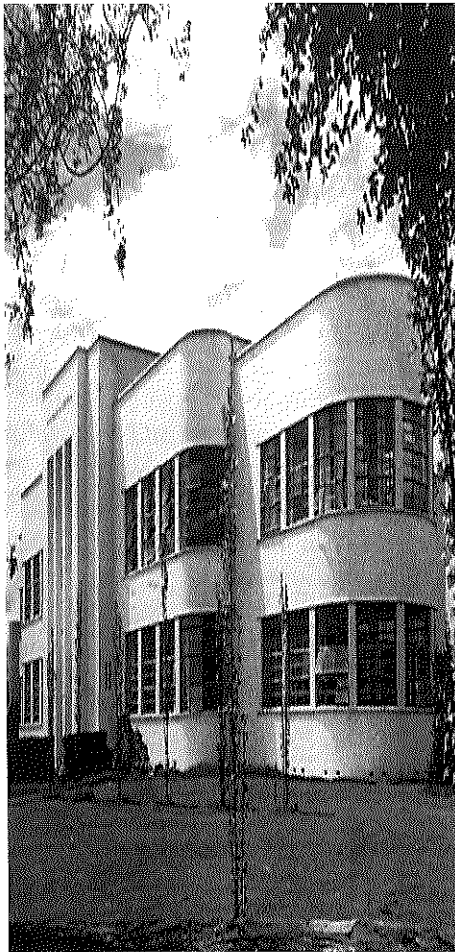
En sentido más concreto y acomodaticio, 'ciudad universitaria' puede ser el típico 'campus' norteamericano. Este, tan ceñido en sus comienzos a la tradición campestre de la universidad y la educación británicas y expresivo del ideal de Guillermo de Humboldt «libertad y soledad», le mereció a Charles Dickens, visitante de Yale en 1840, ser descrito como «edificios alzados en una especie de 'park' visibles entre sombreantes arboledas», a La Corbusier, sentirlo, en los años treinta, como una «palpable unidad urbana» o «pequeña o gran ciudad, pero ciudad verde», y a romántico y asombrado observador pensar que «no hay aroma más poderoso para hacer gratas ausencias de los 'colleges' norteamericanos que la palabra 'campus' como el de Cornell y su aledaña Ithaca.

Equivalentes en significado, pero de reducido sabor bucólico y poético, son los 'campus' o 'ciudades universitarias' de París, Madrid, México o Caracas. La primera fue creada en 1925 y está constituida por pabellones donde residen los estudiantes congregados por nacionalidad: el pabellón suizo, ya citado, o las Casas del Japón y de Cuba que recogen tradiciones arquitectónicas del país representado. La ciudad universitaria de Madrid fue creada en 1927 y su diseño y construcción estuvo a cargo de la alta dirección de Modesto López Otero. Destruída en la Guerra Civil, se la reconstruyó a partir de 1940. Carlos Lazo, Mario Pani, Enrique del Moral, Félix Candela y varios otros lograron el diseño de la ciudad universitaria de México, comenzada en 1950, y figuras de internacional renombre: Pevsner, Calder, Arp, Léger... depositaron su genio artístico en la de Caracas.

Con sus variadas dimensiones y localizaciones, el adjetivo 'universitaria' cualifica el denominativo 'ciudad' en todos los rincones del mundo. Las teorías urbanísticas que, enlazando los nodos como plazas o foros con las vías como calles o circulaciones, conjugan y abrazan distritos, sectores y manzanas de la ciudad, también se muestran maestras del diseño físico universitario para darle cabida al arte en alianza con la naturaleza y responder así a los ineludibles imperativos de la progresiva expansividad flexible y adaptable. Todo para el decoro y beneficio de la comunidad educativa. Así, en Europa, cuna de las universidades en los siglos XII y XIII. En

América que las vio germinar en los siglos XVI y XVII. En Asia que les abrió su geografía territorial y humana en el siglo XIX, y en Africa que en el nuestro sella con el rótulo universitario la independencia de sus nuevas nacionalidades.

Los países islámicos, que reclaman a su favor haber dado a luz la universidad desde el albo materno de las mezquitas del siglo X, hoy exhiben en sus localidades y edificaciones la semblanza de los 'campus' y las 'ciudades universitarias' como la de Al Azar, en El Cairo, según algunos la más antigua universidad del mundo civilizado. Sustenta la cultura del Islam esta afirmación en los muy primitivos refugios que alzados sobre troncos y con techo pajizo y hojas de palmera, apenas si protegían del rayo solar los momentos siderales de oración prescritos por el Profeta. Tal fue la primera y elemental expresión de la mezquita -de 'maktab' o 'kuttab', palabra derivada de raíz significativa de 'escribir' porque a la ritual prostración religiosa se unía el pedagógico recitado para aprendizaje del Corán. Con el desarrollo de la ciudad islámica, la mezquita se distinguirá de la 'madrasah' o 'medersa' -literalmente sitio para lecciones- y de los 'kutab' o espacios para escribir, al tiempo que el avance educativo causa la ampliación de las 'medersas'. Algunas de éstas le reservan encogido recodo a la instrucción primaria, mientras otras, apartadas y de dimensión monumental, incluyeron el 'zawiyah' para la enseñanza superior. Inscritas en determinado perímetro urbano, convivieron como elementos indepen-



dientes del contexto arquitectónico que a la altura de los siglos X a XII se vio enriquecido con hospitales para la enseñanza médica y observatorios astronómicos. La mezquita como sitio de oración se equipara a las capillas que desde temprano momento fueron parte esencial de los complejos universitarios de Occidente.

- Cuando muy amplias y complejas las 'ciudades universitarias' tienen en su interior tantas vías y edificios como lo exige cualquier población de considerable magnitud. Hay de todo en ellas en materia de servicios y quizás sólo les falte el cementerio. Sucede entonces que además de sus innumerables funciones administrativas y académicas, deba el rector acoger también las de cualquier atafagado alcalde o intendente. Con remisible exageración, parecen una 'micro ciudad' estado'.

Tensiones

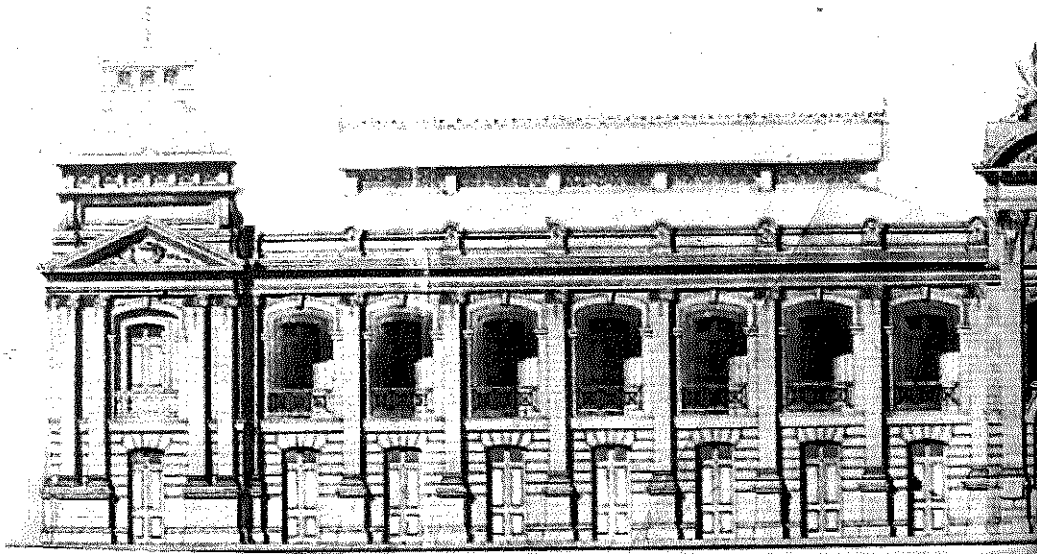
Nos consta por la historia, que apenas nacida la 'universitas' cundieron sus tensiones con la ciudad albergante, tanto más sensibles en la medida del crecimiento de las poblaciones profesoras y estudiantiles y de la conciencia de su autonomía institucional e individual, fundada en las libertades del espíritu pensante y del poder del saber a cuyo cultivo estaban entregadas. Las universidades, a más de lograr el beneficio de fueros especiales, extendieron su apetencia de privilegios hasta la extraterritorialidad locativa y de usos y costumbres, en burgos estrechos y aún cercados de muros protectores.

'Autonomía de territorio' que hoy tanto se alegra para fingir la peregrina e incomprensible inmunidad de desmanes internos, olvidadizos quienes bajo ella se amparan de que la 'extraterritorialidad' medieval supuso que el soberano ejercicio intelectual universitario excluía por principio la necesidad vigilante y represiva del poder armado.

- Asolados los baluartes y ensanchadas las ciudades, fue más clara la diferente sensación de llegar a la ciudad, y en ella o junto a ella cruzar los umbrales de un sector o de una sede universitaria.

¿Qué hay pues de común entre la 'ciudad', la 'universidad', el 'campus' y la 'ciudad universitaria', 'expresiones consagradas en nuestro lenguaje social? ¿Se deberá la tensión a que son instituciones iguales pero casadas en fiera competencia? La universidad, dice Thomas Bender, es una «semienclaustrada heterogeneidad» que reclama sus derechos frente a la «heterogeneidad desenclaustrada», que es la ciudad. Se necesitan mutuamente mientras cada un corre por sus vías hacia la conquista de sus particulares objetivos.

Esta explicación de tensiones y discordias en parte nos satisface, mas permanecemos sin comprender el enfrentamiento de dos expresiones de la cultura civilizada: la 'cultura de la ciudad' o cultura cívica y la 'cultura universitaria', así ambas proclamen trabajar por el patrimonio común de la 'cultura nacional'.



La ciudad es su cultura y para su cultura, dice la una contraparte, y la universidad responde que ella está en la ciudad sin necesariamente pertenecerle. La tensión prosigue...

La universidad está para abarcar el mundo, no sólo el reducido o grande dominio ciudadano. La universidad es para la ciencia universal y no solamente para las inmediatas exigencias ciudadanas, por lo cual resulta menos indicado el carácter de 'regional' que algunas universidades adoptan, pues éste parece discordante con el sentido universalista de las verdaderas instituciones del saber superior. El impacto universitario, como en las leyes físicas, repercute más y mejor en lo próximo y cercano, pero el reduccionismo voluntarioso a lo inmediato amenaza recortar la expansible vocación universitaria.

Este nuevo foco de tensiones es más palpable por los cada vez más buscados acercamientos entre la universidad que ante todo forma personas, y el orden empresarial-nacional, internacional y transnacional-, exigente de profesionales reducidos al estrecho ajuste con el empleo y el trabajo

productivo, en cuanto motor inmediato de la vida y actividad comercial de las ciudades.

Vías de aproximación

Hace pocos años, el estudio de la UNESCO nos sorprendió con su propuesta de la «ciudad educativa»: que todo en la ciudad eduque como gran vehículo de un informal ambiente en donde todo y todos hagan su aporte a la colaboración educativa de la sociedad. En similar sentido se pronuncia el documento 'Colombia: al filo de la oportunidad'.

También la universidad nació para ser educadora por todos los medios a su alcance. Pero en no pocas ocasiones y circunstancias siguen contrastando y en conflicto la 'urbanidad de la ciudad' con la 'urbanidad' de los usos y costumbres universitarias. Es el distanciamiento, por no decir enfrentamiento de un tanto divergentes condiciones o rumbos de dos formas de la «heterogeneidad».

Análisis más ciudadano y exhaustivo en lo posible conduciría a concluir que los reales y promisorios acuer-

dos entre la ciudad y la universidad superan en gran modo las zonas o focos de conflicto. De la universidad se espera que como entidad educativa se constituya en verdadero polo de desarrollo para la porción urbana que la abraza. Ciudad y universidad se compenetran en unificante motor de avance y estética de la cultura de la 'polis'. Ejemplos de estos casos abundan. Mas ¿por qué, como efecto contrario y en algunos países y ciudades, la universidad mantiene, agudiza y causa deterioros circundantes, haciendo que la ciudad, en vez de beneficiaria, sea víctima del abajamiento ciudadano?

El asunto queda abierto a la discusión y a la investigación, como también el de la arquitectura universitaria en cuanto tan bella disciplina el espíritu, de la técnica y del arte está llamada a producir cada día mejores propuestas para el feliz desarrollo de la ciudad, y de la educación superior en cumplimiento de sus altas misiones respecto a la persona y a la ciencia para beneficio de la sociedad.

